

CANCUN: LOS LIMITES DEL DIALOGO

Jaime Estévez

No es fácil evaluar el resultado de la reunión cumbre desde el punto de vista de los intereses del Tercer Mundo. En primer lugar, porque el único documento conclusivo oficial es deliberadamente vago; tanto en su contenido, que permite a todos afirmar que sus puntos de vista prevalecieron, como en su forma al ser redactado por los copresidentes sin comprometer oficialmente a los demás participantes. En segundo lugar, por la naturaleza misma del encuentro definido como un intercambio de opiniones, sin agenda, que en el mejor de los casos daría "impulso político" al proceso de negociaciones económicas entre los países industrializados y los subdesarrollados.

La reunión de Cancún no podía ser ajena a los males que han caracterizado a las negociaciones Norte-Sur en los últimos años; más aún cuando debió someterse la selección de los participantes, contenido y mecánica de operación a las exigencias previas que el gobierno de Estados Unidos puso para asistir. En consecuencia, la cumbre debió girar en torno a problemas de forma (cómo y dónde iniciar las negociaciones globales),

fue dominada por la idea de interdependencia más que la de equidad y nuevo orden económico, se discutió sobre las condiciones requeridas por el capital transnacional para "colaborar" en el desarrollo del Tercer Mundo y no sobre la determinación de un código de conducta a la que estas corporaciones deban someterse y se impuso un clima moderado fundado en el consenso y no en la confrontación.

Cancún fue un éxito sustancial... Regreso consciente de la importancia del liderazgo norteamericano en el mundo" declaró Ronald Reagan al término de la Reunión internacional sobre cooperación y desarrollo, celebrada el 22 y 23 de octubre pasado, en Cancún, Méjico¹.

La satisfacción de Reagan contrastó con las palabras cautelosas de la mayor parte de los líderes asistentes a la cumbre. Francois Mitterrand expresó que con base en lo acordado las negociaciones globales deberían iniciarse a principios de 1982 y "si antes de fin de año notase lentitud, tomaré la iniciativa de recordar a cada uno de los participantes cuál es su deber"; asimismo calificó de "amplio" el paso dado en ayuda alimentaria y "grande" lo avanzado en energía². Pierre Trudeau señaló que "hubo unanimidad para apoyar las negociaciones globales", pero debió reconocer la incapacidad de los participantes en la cumbre para lograr un consenso en cuanto al procedimiento, el ritmo y los plazos para echar a andar esas negociaciones³.

Mohammed Bedjaoui, actual presidente del Grupo de los 77, calificó los resultados sólo como "honrosos"; mientras el anfitrión López Portillo, recordó que el propósito de la reunión no era alcanzar acuerdos específicos y consideró que la confianza y comprensión lograda en Cancún desatará acciones gracias a la voluntad política comprometida; por su parte, Indira Ghandi expresó que el saldo fue "satisfactorio" y Herrera Campins destacó "no es lo óptimo que se esperaba, pero es un paso adelante"⁴.

La prensa mejicana unánimemente consideró un éxito el resultado de la reunión cumbre. En contraste, la prensa internacional se limitó a llamarlo un "acuerdo honorable" entre el Norte y el Sur para continuar el diálogo (*Financial Times*), en el que no existió avance o éste fue milimétrico (*Le Monde*). La re-

vista *Time*, señaló que "la reunión culminó sin alcanzar logros reales y con escaso consenso, salvo el de que Estados Unidos no puede ser empujado a donde no desea ir"⁵.

Time explicó la complacencia del presidente de los Estados Unidos recordando que éste esperaba una confrontación potencialmente difícil y, por el contrario, encontró lo que el propio Reagan, citando el resumen final de los copresidentes de la reunión cumbre, destacó como un clima extremadamente constructivo y positivo. Con base en el mismo argumento *The Wall Street Journal* calificó el encuentro de victoria estratégica de los Estados Unidos, agregando que "si los conferencistas se hubieran negado completamente a aceptar los términos del gobierno, los Estados Unidos podrían haber sufrido un ojo morado diplomático... (en cambio) el gobierno salió de la Conferencia de Cancún sin tener que hacer ninguna nueva concesión significativa. Y ganó un importante respaldo simbólico para su enfoque básico"⁶.

No es fácil evaluar el resultado de la reunión cumbre desde el punto de vista de los intereses del Tercer Mundo. En primer lugar, porque el único documento conclusivo oficial es deliberadamente vago; tanto en su contenido, que permite a todos afirmar que sus puntos de vista prevalecieron, como en su forma al ser redactado por los copresidentes sin comprometer oficialmente a los demás participantes. En segundo lugar, por la naturaleza misma del encuentro definido como un intercambio de opiniones, sin agenda, que en el mejor de los casos daría "impulso político" al proceso de negociaciones económicas entre los países industrializados y los subdesarrollados.

Una razón adicional y más de fondo que dificulta al análisis de lo sucedido en Cancún es la confusión prevaleciente respecto a los propios temas obje-

to del llamado "diálogo Norte-Sur" y a las posiciones sostenidas por los participantes y sus diferencias reales. Confusión derivada de la manera traspuesta de discutir, centrada en los aspectos de forma y procedimiento; pero también del interés de los opositores al nuevo orden en hacer deliberadamente difusas las demandas de los países subdesarrollados. Ejemplo de lo último fueron las declaraciones de Margaret Thatcher durante la cumbre y al concluir ésta de que "negociaciones globales" era una denominación ambigua a la cual cada participante le daba diferente significado, "olvidando" la existencia de la resolución 34/138 de la Asamblea General de las Naciones Unidas que las define con precisión.

El Tercer Mundo no ha sido capaz de evadir la trampa del debate formal y de la confusión creciente sobre el significado de los términos usados y el alcance de los acuerdos adoptados, quizás porque a muchos de los gobiernos del Sur les acomodan unas negociaciones cupulares y burocráticas, distantes en forma creciente de cualquier forma de presión de masas y del peligro de una confrontación significativa con las grandes potencias capitalistas.

La reunión de Cancún no podía ser ajena a los males que han caracterizado a las negociaciones Norte-Sur en los últimos años; más, aun cuando debió someterse en la selección de los participantes, contenido y mecánica de operación a las exigencias previas que el gobierno de Estados Unidos puso para asistir. En consecuencia, la cumbre debió girar en torno a problemas de forma (cómo y dónde iniciar las negociaciones globales), fue dominada por la idea de interdependencia más que la de equidad y nuevo orden económico, se discutió sobre las condiciones requeridas por el capital transnacional para "colaborar" en el desarrollo del Tercer Mundo y no sobre la determinación de un código de conducta a la que estas corporaciones deban someterse y se impuso un clima moderado

fundado en el consenso y no en la confrontación.

Como veremos a continuación, estos factores limitaron severamente las posibilidades de la cumbre de convertirse en una instancia que cambiara cualitativamente, en favor del Tercer Mundo, el estado de las negociaciones.

El fondo de la forma

Desde fines de 1979, el debate Norte-Sur ha estado centrado en las condiciones para iniciar lo que se ha denominado una "ronda de negociaciones globales sobre la cooperación económica internacional para el desarrollo".

La idea de esta nueva ronda de negociaciones respondía a la frustración por la falta de implementación de los acuerdos sobre el nuevo orden económico internacional adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1974. Por otra parte, la necesidad de activar el cumplimiento de dichos acuerdos se hizo más urgente al finalizar el decenio de los setenta, ante el deterioro de las condiciones económicas de los países subdesarrollados, sometidos no sólo a un sistema de relaciones económicas de tipo neocolonial e imperialista sino además a los efectos de la prolongada crisis que aqueja a la economía capitalista mundial y que repercute con mayor fuerza en los países subdesarrollados, con economías relativamente más débiles y más dependientes del exterior.

En un primer momento, pareció que no habría mayores dificultades en la convocatoria del proceso negociador. La idea fue aceptada unánimemente por la XXXIV Asamblea General de las Naciones Unidas.

En la resolución 34/138 la Asamblea General estableció que estas negociaciones se iniciarían en enero de 1981, tendrían lugar dentro del sistema de las

Naciones Unidas y su objetivo sería lograr una síntesis de los enfoques contradictorios existentes en torno a la restructuración de las relaciones económicas internacionales para conseguir un desarrollo económico global y sostenido, debiendo incluirse los principales temas planteados en las esferas de materias primas, energía, comercio, desarrollo y los asuntos monetarios y financieros.

Sin embargo, muy pronto la preparación de la ronda de negociaciones globales se empantanó. Durante 1980 y 1981 no fue posible llegar a ningún acuerdo sobre los procedimientos que regirían el debate ni sobre la agenda, a pesar de que ésta estaba de hecho contemplada en la resolución 34/138 en donde se enuncian los temas que debían ser objeto de discusión.

La esencia de la discrepancia puede reducirse al carácter global o no de las negociaciones. El Grupo de los 77, en representación del Tercer Mundo, ha insistido en la necesaria universalidad de las negociaciones económicas; o sea, que deben participar en éstas todos los países interesados, en condiciones igualitarias, por lo que deben realizarse en el sistema de las Naciones Unidas. En segundo lugar, los países subdesarrollados consideran que los problemas y desequilibrios presentes en la economía mundial están estrechamente interrelacionados y deben ser analizados globalmente; en particular, los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se niegan a aceptar la propuesta de los países industrializados de discutir sólo o principalmente sobre energía; ellos están dispuestos a incluir el tema del petróleo en negociaciones internacionales, siempre y cuando éste se vincule de modo directo con la transferencia de tecnología, acuerdos de estabilización de precios en otras materias primas, estabilidad cambiaria, etc.

Por último, considerando los limitados efectos prácticos de los acuerdos

sobre el Nuevo Orden de 1974, el Grupo de los 77 plantea la globalidad de las negociaciones en un tercer sentido: que se estipule un "paquete" de acuerdos, de modo que los países industrializados nos puedan aplicar de modo discrecional sólo parte de lo acordado, condicionándolo a la aceptación de exigencias de orden político y de otro tipo hechas bilateralmente a los países subdesarrollados.

Por el contrario, los países industrializados, en especial Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Federal, no aceptan negociar en un foro donde cada país tiene un voto del mismo valor e insisten en preservar intacta la autonomía de las instituciones económicas multilaterales creadas al concluir la Segunda Guerra Mundial: el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio (conocido por sus siglas en inglés, GATT); todas ellas instituciones en la que el poder de voto está vinculado al aporte de capital, lo cual otorga mayoría a los países ricos y poder de veto a los Estados Unidos.

A su vez, las potencias capitalistas tienen gran interés en no vincular los diferentes problemas sino negociar cada uno en un foro especializado: los asuntos monetarios en el FMI, los de comercio en el GATT, etc. Establecer foros independientes les permite evitar el peligro de acordar un paquete integrado de conclusiones y les facilita negociar sólo aquellos aspectos cruciales para sus intereses, como energéticos y asistencia alimentaria, postergando indefinidamente los acuerdos sobre los precios de las materias primas, transferencia de tecnología, código de conducta sobre las empresas transnacionales, derecho del mar y todos aquellos asuntos que implican una limitación a su poder y arbitrio o al de las empresas transnacionales.

Es decir, tras las interminables discusiones sobre agenda y procedimientos se encuentra la negativa de los princi-

pales países capitalistas a efectuar concesiones significativas y su decisión de no someterse a resoluciones democráticas sobre la economía mundial.

El Grupo de los 77, en un esfuerzo por superar el estancamiento, propuso a mediados de 1980 una fórmula de procedimiento que contemplaba dividir las negociaciones globales en tres fases: que se iniciaran en la Asamblea General o un equivalente denominado "cuerpo central"; continuaran en las agencias especializadas y en grupos *ad hoc* para los temas en los que no existe una institución multilateral responsable, y retornaran para el acuerdo final al cuerpo central.

Los países industrializados aceptaron el esquema pero exigieron que la última palabra la tuvieran los organismos especializados, o sea que la última fase —en el cuerpo central— fuera sólo de conocimiento de lo aprobado en la fase dos, sin poder alterar lo determinado por éstos.

A inicios de 1981, el Grupo de los 77 decidió hacer nuevas concesiones, aceptando que las cuestiones fundamentales se decidieron por consenso, que la fase de negociación en las instituciones especializadas fuera la más larga y que el cuerpo central no pudiera modificar los acuerdos adoptados en éstas sin previamente hacer nuevas consultas con los directivos de dichos organismos. La introducción del criterio del consenso otorgaba poder de veto a cada participante y de hecho permitía a los Estados Unidos y a los otros países industrializados oponerse en la fase tres a modificaciones en lo establecido por las agencias. Prácticamente todos los países capitalistas avanzados expresaron su acuerdo con la fórmula.

Sin embargo, pese a que las concesiones hechas por el Grupo de los 77 arriesgaban convertir en intrascendente el proceso negociador, una vez más el

acuerdo no fue posible. Entre tanto había sido electo presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan y sus representantes en las Naciones Unidas demandaron que se paralizara la preparación de las negociaciones globales, mientras la nueva administración definía su posición al respecto. En mayo de 1981, se convocó a la Asamblea General para conocer la posición del gobierno republicano, la que resultó ser la misma de enero. El gobierno de Reagan señaló que todavía no tenía una política definida sobre sus relaciones con los países en desarrollo y que, por consiguiente, no podría participar en las negociaciones globales hasta después de la XXXVI Asamblea General que se iniciaría a mediados de septiembre.

Resultó evidente que la administración Reagan no estaba conforme con la concepción de las negociaciones globales y que se preparaba para formular una posición general diferente y, por otra parte, que esta nueva posición se definiría con ocasión del compromiso de Cancún, al cual Reagan luego de superar las vacilaciones y discrepancias de opinión de su equipo de asesores, se había finalmente comprometido a asistir.

La reunión cumbre de Cancún fue vista entonces como la última esperanza de salvar la ronda de negociaciones globales y que la medida de su éxito o fracaso sería la superación o no del estancamiento existente. La cumbre no podría resolver los problemas de fondo de la economía mundial, pero sí era de esperar que los tres países que impedían el acuerdo de procedimiento —Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Federal— fueran convencidos de la necesidad de alterar su posición y plegarse a la opinión ampliamente mayoritaria. El propio anfitrión, José López Portillo, señaló en entrevista de prensa que *"la cumbre de Cancún constituye la posibilidad de romper el estancamiento vigente en las mencionadas negociaciones de las Naciones Unidas. De allí la importancia de*

que los frutos sean esta vez jugosos, pues mal podrían retomarse aquéllas si la impasse subsiste luego del 23 de octubre" 7.

Los principales mandatarios de los países subdesarrollados se manifestaron en términos parecidos. Por ejemplo, el Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Ramiro Saravia Guerreiro, expresó: *"Esperamos en primer lugar que la reunión propicie una ruptura del impasse que actualmente existe en las negociaciones globales de las Naciones Unidas, estancadas hace más de un año"* 8. El mismo criterio fue postulado antes y durante la cumbre por Argelia, Arabia Saudita, Costa de Marfil, China, Guyana, India, Tanzania, Yugoslavia y Venezuela. Sólo Bangladesh y Filipinas, entre los países subdesarrollados invitados no pusieron el mismo énfasis en la necesidad de que en la reunión se aprobara una resolución precisa al respecto.

Uno de los hechos nuevos más significativos fue la firmeza con que algunos países industrializados se pronunciaron también por el pronto inicio de dichas negociaciones en el seno de las Naciones Unidas. Austria, Canadá, Francia, Japón y Suecia fueron explícitos en ello. Alemania Federal se pronunció en forma similar, aunque sin enfatizar que las negociaciones tuvieran lugar en la ONU. Gran Bretaña, en cambio, dijo apoyarlas si se efectuaban en los organismos especializados, salvando la competencia y efectividad de éstos (o sea, en la medida en que no fueran globales).

La posición más esperada, era la de Reagan, por el peso específico de los Estados Unidos y porque esta era la ocasión que la nueva administración había fijado para definir su posición al respecto.

Tres meses antes, había tenido lugar en Ottawa, la cumbre de los siete principales países capitalistas industrializados; en ella Canadá, Francia y Japón

habían presionado en favor de las negociaciones mientras Estados Unidos, Gran Bretaña y en menor medida Alemania Federal se habían opuesto, llegándose a un deslavado acuerdo: “estamos preparados para participar en la preparación de un proceso mutuamente aceptable de negociaciones globales en circunstancias que ofrezcan la perspectiva de significativos progresos”. Dada la reticencia de Reagan, esta declaración se había considerado positiva pues mencionaba las palabras código “negociaciones globales”, aunque con las minúsculas que enfatizaban la decisión de Estados Unidos de no sentirse comprometido con la resolución 34/138.

Sin embargo, de hecho la declaración de Ottawa constituyó un retroceso respecto a la adoptada en la cumbre anterior de las siete mayores potencias capitalistas. En Venecia, en 1980, éstas habían concordado ver “con espíritu positivo la perspectiva de negociaciones globales en el sistema de las Naciones Unidas” (énfasis añadido).

Semanas antes del encuentro en Cancún, Reagan adelantó lo esencial de sus posiciones. Según la costumbre, ello fue hecho primero mediante un discurso de prueba encargado al general Alexander Haig, en el inicio del XXXVI período ordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Luego Reagan intervino en la asamblea anual conjunta del FMI y el Banco Mundial expresando que la esencia de su posición se reducía a “la magia del libre mercado”; más tarde, una semana antes de embarcarse para Cancún, con el pretexto de una reunión sobre asuntos internacionales que tuvo lugar en Filadelfia, Reagan dio a conocer su postura definitiva, consistente en ofrecer una estrategia para el crecimiento económico internacional basada en tres pilares: (i) libertad individual y libre competencia; (ii) reconocimiento de la validez del orden económico internacional vigente y, en particular, de la eficacia y buen desempeño del Banco Mundial y el FMI; (iii)

un programa de acción fundado en mayor inversión privada transnacional y promoción del comercio internacional, con estrategias de desarrollo particulares para cada país (es decir, mayor énfasis en el bilateralismo).

Una vez en Cancún, Reagan agregó un “endulzante”, como denominan en la política estadounidense a las concesiones menores. Aceptó la frase “negociaciones globales”, pero según la vaga fórmula establecida en Ottawa y agregando cuatro condiciones que de hecho niegan absolutamente su carácter global y exigen del Tercer Mundo el abandono previo de sus posiciones fundamentales: las negociaciones deben: (i) tener una orientación práctica para identificar caso por caso el potencial y los obstáculos para el desarrollo; (ii) respetar la competencia, funciones y poderes de las agencias internacionales especializadas, en el entendido de que sus decisiones —en sus áreas de competencia— son finales; (iii) buscar un crecimiento de la economía internacional mutuamente benéfico, que tome en cuenta las políticas nacionales; (iv) desarrollarse en una atmósfera de cooperación, similar a la existente en Cancún.

El conservador *The Wall Street Journal* estableció claramente los límites de lo expresado por Reagan: “Los Estados Unidos, al acceder a la terminología ‘negociaciones globales’, pero redefiniéndolas para que se ajusten a sus propios términos, simplemente reempaquetó una posición previa. La tarea resultó exitosa para allanar el camino para un ‘consenso’. Los delegados de las naciones en desarrollo inmediatamente dieron vivas a los Estados Unidos por aceptar el concepto de negociaciones globales”⁹.

En efecto, la posición de Estados Unidos fue saludada como un paso adelante, pero ella bloquea de antemano cualquier proceso negociador efectivo. La primera precondition, la “orientación práctica”, apunta a exigir del Ter-

cer Mundo el abandono de las demandas de cambio estructural, como el nuevo orden económico internacional; significa reducir el alcance de las negociaciones económicas internacionales a ajustes parciales que no modifiquen la esencia del orden vigente. La segunda condición niega el concepto mismo de negociaciones globales al fragmentarlas en los diversos organismos y, lo que es más grave, antagoniza uno de los objetivos principales de dichas negociaciones: la reforma cualitativa de estas agencias; el GATT, el FMI y el Banco Mundial han sido instrumentos orientados a facilitar y promover una mayor penetración del capital transnacional en el Tercer Mundo y a limitar la soberanía económica de estos países, promoviendo una mayor dependencia externa. La tercera condición anteponen los problemas domésticos de los países industrializados a la cooperación económica internacional, lo cual significa que Estados Unidos mantendrá su política proteccionista hacia las exportaciones del Tercer Mundo y continuará exportando sus problemas y desequilibrios al resto del mundo, tal como durante largos años transfirió a la economía mundial parte de las presiones inflacionarias internas (vía déficit de pagos-salida masiva de dólares) y hoy sus opciones económicas domésticas han impuesto a la economía mundial tasas de interés extraordinariamente elevadas. La última precondition revela la importancia que los dirigentes de Estados Unidos otorgan a la lucha ideológica y su temor a ser aislados internacionalmente, por lo que exigen del Tercer Mundo que abandone las actitudes de denuncia y otras formas de presión utilizadas en el decenio pasado, en pro de lo que denominan el “espíritu de Cancún”.

La estrecha posición de la administración estadounidense respecto a las negociaciones globales se impuso en Cancún, a pesar de la evidente fractura existente al respecto entre los países industrializados. La declaración de los copresidentes, ambos partidarios de las ne-

gociaciones globales tal como fueron definidas en la resolución 34/138, debió limitarse a lo ya dicho en las reuniones de los países industrializados, lo afirma-

do en Ottawa más lo declarado en Venecia respecto a que las negociaciones tengan lugar en el sistema de las Naciones Unidas. Además, se pagó el precio de dejar expresamente a salvo el criterio con-

trario de los Estados Unidos y Gran Bretaña (*"algunos países insistieron en que no debe afectarse la competencia de los organismos especializados"*).

Intereses mutuos vs. equidad.

El segundo gran tema de la cumbre fue la "interdependencia". A diferencia de las negociaciones globales, en éste hubo una rara unanimidad. Prácticamente todas las delegaciones, en sus discursos iniciales y en el transcurso del debate, insistieron en destacar la creciente interdependencia entre las economías del mundo como justificación de la necesidad de una mayor y más activa cooperación internacional.

El concepto de interdependencia refleja cambios reales en la economía mundial: la mayor interrelación entre las economías nacionales, o sea el rápido avance del proceso de internacionalización del capital productivo y financiero y el hecho de que el comercio internacional ha tenido en las últimas décadas una expansión mayor que la producción mundial, elevando significativamente en todos los países la importancia del comercio exterior respecto al producto interno.

El término interdependencia fue usado en 1974, en la Declaración sobre el Establecimiento del nuevo orden económico internacional. Se introdujo a continuación de la mención de *"la equidad"* y *"la igualdad soberana"*, con el objeto de enfatizar que los cambios estructurales exigidos en el sentido de una participación plena y soberana de los países del Tercer Mundo en la solución de los problemas económicos mundiales iban en beneficio común de todos los países, incluidos los industrializados.

Muy pronto, sin embargo, los países capitalistas desarrollados se apropiaron de dicho concepto y lo convirtieron en instrumento ideológico en contra de los subdesarrollados. En un trabajo anterior, destacamos que la Comisión trilateral, integrada por empresarios transnacionales, intelectuales y políticos de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, cumplió un papel fundamental en la construcción de la réplica ideológica de las grandes potencias a la exigencia de un nuevo orden, en torno a las ideas de interdependencia graduación de algunos países del Tercer Mundo y de necesidades básicas¹⁰. Asimismo, la idea de interdependencia (o intereses mutuos) fue recogida en un sentido similar por la comisión que el Banco Mundial le encargó presidir a Willy Brandt¹¹.

La fuerza y atractivo principal de la idea de interdependencia reside tanto para la Trilateral como para el Informe Brandt, en su capacidad de ofrecer una salida a la crisis económica del capitalismo. Se asume que la raíz de la crisis es la insuficiente demanda y se propone a los países subdesarrollados como enorme mercado potencial para los productos del Norte, en la medida en que los países ricos accedan a proporcionarles a los pobres los recursos financieros necesarios para hacer efectiva su demanda insatisfecha.

La proposición de que las economías del Sur sean las "locomotoras" de las economías del Norte se fundamenta, también, recordando la experiencia del Plan

Marshall que facilitó la reconstrucción de Europa Occidental al término de la Segunda Guerra Mundial, beneficiando ampliamente a la economía de los Estados Unidos, el país que proporcionó los recursos financieros.

La idea de intentar repetir la mecánica del Plan Marshall, pero ahora orientado al Tercer Mundo, ha encontrado buena acogida entre los líderes de muchos países del Sur y también de algunos del Norte. Ella puede paliar o contribuir a superar la fase recesiva que vive la economía mundial, tal como en el decenio de los treinta las políticas keynesianas ayudaron al capitalismo a superar la depresión; pero es totalmente ilusorio esperar que sea el factor principal en la solución de una crisis que tiene causas bastante más complejas, profundas y estructurales. En todo caso, esta proposición aún si contribuyera a que la economía mundial regrese a una fase expansiva, no altera la esencia del sistema de dominación y explotación económica a la que están sometidos los países subdesarrollados en el orden internacional vigente.

Desde el punto de vista de los intereses del Tercer Mundo, lo negativo del creciente uso del concepto de interdependencia es que con él se intenta reemplazar la demanda de cambios estructurales por una propuesta anticrisis que puede ser complementaria pero nunca sustituto del nuevo orden económico internacional.

En efecto, la funcionalidad del concepto de interdependencia consiste tanto en los estudios de la Trilateral como en el Informe Brandt en cambiar el énfasis de las relaciones Norte-Sur de lo estructural a lo coyuntural y las ideas fuerzas de equidad y soberanía plena del Tercer Mundo por la de preservación y expansión del orden vigente en base al supuesto "interés mutuo".

La interdependencia implica que las demandas del Tercer Mundo deben supeditarse al mejor funcionamiento del conjunto de la economía capitalista mundial y que las concesiones que efectúen los industrializados deben ser correspondidas por los subdesarrollados, asegurando a los primeros acceso sin restricciones a la explotación y consumo de los recursos de los segundos. Según esta lógica, los países del Tercer Mundo deberían asumir como propio el interés de los desarrollados en incrementar y diversificar las condiciones necesarias para que la inversión transnacional pueda materializarse.

Del concepto de interdependencia e intereses mutuos se desprende también el rechazo a una mayor confrontación por parte del Tercer Mundo en las negociaciones internacionales. La práctica ha demostrado, sin embargo, que la búsqueda permanente de la unanimidad y el consenso ha derivado en parálisis, ya que los países industrializados no están dispuestos a efectuar concesiones significativas salvo que sean presionados para ello.

El ejemplo más reciente de lo anterior lo constituye la reunión cumbre de Cancún. En ella, en aras de favorecer el consenso, los países subdesarrollados enfatizaron la interdependencia y relegaron a un segundo plano el imperativo de cambios estructurales en las relaciones económicas internacionales, incluso, la frase código nuevo orden económico internacional sólo fue mencionada por seis países subdesarrollados en sus intervenciones iniciales y no se incluyó en el resumen preparado por los copresidentes.

Probablemente, ello influyó en la satisfacción con que Reagan declaró, al finalizar la reunión "no perdimos el tiempo en retórica irrealista ni en objetivos inal-

canzables" 12; pero sus alabanzas al espíritu constructivo y pragmático dominante no se tradujeron en una actitud más positiva de su parte ni menos en concesiones reales.

Orden transnacional vs. desarrollo nacional

Por el contrario, respecto a los problemas de fondo en discusión, en Cancún Reagan retrocedió sustancialmente. En su discurso de Filadelfia, Reagan había anunciado que en la cumbre propondría una idea nacida hace más de doscientos años. En efecto, la idea de la "magia del mercado libre" es tan antigua como el desarrollo del capitalismo; pero, si alguna vez existió hace al menos un siglo fue reemplazada por la realidad de la concentración y la centralización del capital y por el desarrollo del imperialismo como fase madura del capitalismo. También respecto a la concepción de la interdependencia, la posición de Estados Unidos en Cancún fue un retroceso, frente al Sur locomotora del Norte, propuesto por el Informe Brandt y el Banco Mundial, Reagan regresó a la concepción más clásica, "el Norte locomotora del Sur"; es decir, debe darse prioridad a la recuperación económica de los países industrializados y ello arrastrará en su avance a los subdesarrollados. Este concepto del "trickle down" es decir, que primero los ricos deben ser más ricos y entonces derramarán a los pobres, es una de las más antiguas justificaciones de las políticas regresivas del ingreso. Ha sido refutado por la historia tanto a nivel nacional como internacional.

Varios de los participantes recordaron a Reagan que estamos en el siglo XX. Nyerere señaló la irrefutable verdad de que todos los países, incluyendo los Estados Unidos subsidian su agricultura. Otros recordaron que los países capitalistas avanzados protegen sus mercados domésticos contra los productos del Tercer Mundo y que ésta es una tendencia en auge y no en declinación.

El presidente de Méjico, al conocer el discurso de Reagan en Filadelfia, declaró: "Estimar que las propuestas económicas que ya prueban sus limitaciones en los mercados centrales tendrán más éxito en un mercado mundial mucho más condicionado por la desigualdad que aquéllas, constituye una perspectiva que estimo será en un breve plazo histórico desmentida por la realidad y rectificada" 13. Por su parte, Francois Mitterrand fue enfático: "Sé que en esto tenemos una profunda divergencia con Estados Unidos, pero en realidad el mercado libre no permite otro crecimiento que el de las multinacionales que crean en el Tercer Mundo islotes de riqueza en un océano de miseria." 14

Incluso representantes de países subdesarrollados que se han caracterizado por una disposición favorable al capital transnacional refutaron las palabras de Reagan. El ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, que representó a su presidente, señaló en la primera sesión de la reunión cumbre que los problemas domésticos del Norte son muy importantes pero de su superación no puede esperarse una solución suficiente ni mecánica a las dificultades del Sur. Agregó, además, que no puede confundirse la cooperación internacional para el desarrollo con un incremento en los flujos del capital privado, pues éstos no van donde se les necesita; en Brasil, destacó, a pesar de nuestra política de atracción de capital extranjero hemos debido hacer un importante esfuerzo estatal en determinados sectores. El representante de Bangladesh opinó que aceptaba la sugerencia de otorgar un mayor papel al Sector

privado en los países en desarrollo, pero que eso exigía una infraestructura que no existe y para la cual se requiere apoyo internacional. Costa de Marfil reafirmó su creencia en la economía liberal, pero declaró que ésta no opera cuando son desiguales los niveles de desarrollo y recordó que los países industrializados determinan el precio tanto de las exportaciones de los subdesarrollados como de sus importaciones.

Indira Ghandí discrepó también con las tesis de Reagan. Destacó que los países subdesarrollados son afectados negativamente por acontecimientos externos a ellos y fuera de su control, lo cual exige comprensión internacional y ajustes estructurales. Expresó que sólo podemos sobrevivir en armonía en interdependencia, pero que la comunidad de intereses es real y útil en el contexto de un nuevo orden económico internacional. Al mismo tiempo, la Primera Ministra de la India señaló que le preocupaba la orientación tendiente a favorecer principalmente al capital privado, pues éste no sirve para el beneficio social sin utilidades de mercado.

A la trivial parábola de Reagan sobre no dar ayuda sino enseñar a pescar, se le respondió casi unánimemente que el problema era de aparejos, de infraestructura. Fue lamentable, sin embargo, que la réplica a tan conservadora posición se limitara también a la tradicional respuesta de los partidarios del capitalismo monopolista de Estado, en el sentido de que las obras básicas, que exigen grandes montos de capital y que no son rentables o tienen altos riesgos, deben ser realizados por el Estado, para facilitar al capital privado la obtención de una plusvalía en los otros sectores de la economía.

El debate internacional, aun a nivel de gobierno, había avanzado bastante más en los últimos diez años. Hace tiempo que los países del Tercer Mundo abandonaron la concepción asistencialista de la cooperación económica internacional. La plataforma del nuevo orden respondió a ello. El planteamiento de los países subdesarrollados desde inicios del decenio de los sesenta se centró en la crítica a la división internacional del trabajo; y con la tesis del nuevo orden apuntó, además, a enfrentar la tendencia a la nueva división internacional del trabajo, consecuencia de la acentuada transnacionalización de la vida económica.

La importancia del nuevo orden, en mi opinión, reside precisamente en que es un intento de responder a la creciente internacionalización de la economía y hacerla compatible con el desarrollo nacional, con la defensa de la posibilidad de un proyecto nacional de desarrollo para los países del Tercer Mundo. En condiciones donde no es posible imaginar un desarrollo autárquico, el nuevo orden pretende no hacer necesariamente idénticos los conceptos de internacionalización y de transnacionalización.

Esta es la contradicción básica que opone a las grandes potencias capitalistas con los países subdesarrollados. Muchos de los gobiernos del Tercer Mundo son favorables al capital transnacional, lo cual explica las confusiones y debilidades de los planteamientos del Grupo de los 77. Sin embargo, es interesante comprobar que en las negociaciones concretas tiende a prevalecer el interés nacional, gracias en parte a la costumbre de adoptar posiciones de bloque en el Grupo de los 77. Por ejemplo, en la Conferencia sobre Derecho del Mar, Estados Unidos se niega a aceptar limitaciones a la explotación privada indiscriminada de los lechos marinos y debe enfrentar la oposición de todos los países subdesarrollados. Es la misma contradicción existente sobre la reforma del FMI: los países del Tercer Mundo desean que esa ins-

titución sirva de apoyo a las necesidades de su desarrollo mientras la administración Reagan critica a sus directivos por ser demasiado flexibles con los países subdesarrollados y se molestó por el elevado monto del crédito (5.8 mil millones de dólares) concedido, en noviembre de 1981 a la India, país considerado estatista y con tendencias socialistas.

En el sector alimentario la confrontación es la misma. En la reunión de Cancún, a la discusión de estos temas se dedicó una cuarta parte del tiempo total. Reagan intervino cuatro veces defendiendo una agricultura de mercado libre y ofreciendo enviar a los países del Tercer Mundo "fuerzas de trabajo" provenientes de las empresas agroindustriales transnacionales, para asistirlos en la tarea de encontrar nuevas técnicas agrícolas y transmitir a los agricultores las técnicas actuales. La insistencia del Presidente de los Estados Unidos se explica por el interés geopolítico en mantener y reforzar la hegemonía lograda por dicho país sobre los intercambios mundiales de alimentos, la que como se sabe ha sido repetidamente usada como arma de presión política. El resumen de conclusiones, redactado por los copresidentes de la reunión, recoge como acuerdo, principalmente, el punto de vista del Tercer Mundo: autonomía nacional en la producción de alimentos fundamentales, mientras el complejo transnacional del "agronegocio" promueve la especialización internacional. Los países subdesarrollados insistieron en la necesidad de crear mayores reservas internacionales de alimentos, suficientes para prevenir catástrofes y otras emergencias, pero Estados Unidos no estuvo dispuesto a perder el poder que le da el control sobre las reservas nacionales.

Los acuerdos internacionales sobre precios de las materias primas no son aceptables para las empresas transnacionales y varios de los países industrializados. Estados Unidos presionó para reducir el énfasis en esta temática, destacando el aporte que podría hacer la reunión ministerial del GATT, que tendrá lugar este año, en la seguridad de que ella no podrá aprobar nada contrario a las posiciones estadounidenses. Salvo la mención a la necesidad de poner en operación el Fondo Común cuanto antes, los acuerdos se limitaron a constatar que se habían sugerido diversos enfoques, incluyendo esfuerzos más intensos por negociar acuerdos internacionales de estabilización.

De los temas específicos uno de los más debatidos fue el de la energía, no sólo por la importancia del petróleo en la economía internacional sino porque existía una propuesta concreta para enfrentar las necesidades de los países subdesarrollados importadores de hidrocarburos: la creación de una filial energética del Banco Mundial que posibilitara una inyección masiva de financiamiento para la producción de nuevas fuentes de energía. La idea no es nueva y ha tenido un complejo desarrollo; hasta hoy divide no sólo a los países industrializados sino también a los integrantes del Grupo de los 77, la apoyan los importadores de petróleo y la rechazan los miembros de la OPEP. Una novedad significativa en Cancún fue el cambio de posición de Arabia Saudita, cuyo representante dio su acuerdo para la creación de dicha entidad, Alemania Federal también anunció su disponibilidad. Sin embargo, Gran Bretaña, Estados Unidos y algunos miembros de la OPEP, como Venezuela, se opusieron a financiar la iniciativa y ésta no pudo prosperar. Estados Unidos manifestó con toda claridad su opinión de que la exploración y explotación petrolera y el impulso a nuevas fuentes de energía debe dejarse a las empresas transnacionales; "sería mejor fusionar los recursos presentes del Banco Mundial con los del sector privado estadounidense, en vez de crear una nueva burocracia", explicó Alexander Haig¹⁵.

El "espíritu de Cancún"

El espíritu en extremo positivo y constructivo, el no haber caído en recriminaciones ni en inculparse unos a otros, el no haberse dejado atrapar por los prejuicios ni por la retórica, fue destacado por los copresidentes como uno de los mayores logros de Cancún.

Casi todos los participantes coincidieron en evaluar positivamente la atmósfera de franqueza y confianza que prevaleció. La prensa destacó como primer y fundamental éxito haber realizado una reunión de los líderes del Norte y del Sur, sin ataques mutuos. Se ha insistido en que ese logro de Cancún permitirá activar el estancado proceso de negociaciones.

Este es el tema central que los países del Tercer Mundo deberán discutir en la definición de su estrategia negociadora, en el futuro próximo. ¿Cuáles son las ventajas de la moderación en los foros internacionales, y cuáles sus límites? ¿Hay otros caminos? ¿Qué debe entenderse por confrontación? ¿Cuál es el costo de una mayor confrontación y cuál el precio que en los últimos años se ha pagado por adoptar la estrategia del consenso y la unanimidad permanente? ¿Qué valor tiene un acuerdo por mayoría si lo vota en contra uno de los países fundamentales para su aplicación?; y, por el contrario, ¿el ritmo de las negociaciones debe someterse al deseo del más renuente, convirtiéndose en consulta de voluntad más que en negociación?

La mayoría de los negociadores del Tercer Mundo sostiene que el camino adoptado en Cancún es el único posible. Atribuye el estancamiento en la aplicación de las resoluciones sobre el nuevo orden, aprobadas en 1974, al hecho de que ellas fueron impuestas por mayoría, sin convencer. Los defensores de la estrategia del consenso argumentan, además, que en la actual coyuntura no habría sido conveniente presionar a

los Estados Unidos, pues la reacción habría sido una mayor dificultad y una actitud más rígida y cerrada por parte de la administración Reagan.

Sin embargo, el costo pagado por la aceptación de las exigencias estadounidenses parece superar ampliamente los avances concretos logrados. Se criticó antes de la reunión la forzada exclusión de Cuba, presidente en turno del Movimiento de los países no alineados. De hecho, eso significó marginar a toda una tendencia entre los subdesarrollados, pues no fue invitado ninguno de los países que recientemente han optado por el socialismo o tenido un mayor grado de confrontación con los Estados Unidos.

Por otra parte, en Cancún hubo mejores condiciones que en otras oportunidades para presionar a los Estados Unidos. Uno de los hechos más positivos de la cumbre fue que, además de la tradicional posición de Suecia, varios países industrializados tuvieron una actitud receptiva a los planteamientos del Tercer Mundo. Francia, Japón, Canadá y Austria, demostraron interés en buscar soluciones reales, en el espíritu de lo que el presidente Mitterrand definió como la única perspectiva viable, luego de la descolonización: *"la nueva política exterior de Francia frente a los países del Sur es tratarlos como sujetos plenos, y no como simples objetos"*¹⁶.

Si en Cancún un bloque integrado por los países subdesarrollados y un grupo sustantivo de los industrializados hubiera aislado a Reagan, habría existido el riesgo de un endurecimiento estadounidense todavía mayor. Lo razonable es pensar que el resultado hubiera sido el contrario, o sea, mayores concesiones por parte de Estados Unidos para evitar los costos de esa perspectiva.

Reagan enfrentaba un dilema: si mantenía sus posiciones conservadoras se exponía a reforzar la imagen de ser un extremista, que aísla a los Estados

Unidos por su incapacidad de diálogo; si hacía concesiones, demostraba debilidad y podía molestar a su electorado derechista.

En la cumbre de Ottawa pudo comprobarse la gran importancia que el equipo de Reagan concede a la creación de una imagen de éxito personal del Presidente en sus encuentros internacionales. A pesar de que los siete participantes en dicha reunión habían convenido en proporcionar información a los medios de comunicación sólo una vez concluida la cumbre, los asesores de Reagan constantemente filtraron a la prensa lo que estaba sucediendo en la sala de conferencias y organizaron encuentros privados entre los más altos funcionarios del Departamento de Estado y los periodistas más influyentes, logrando plenamente el objetivo de orientar en su favor la información.

En Cancún los organizadores trataron de impedir que se repitiera esa experiencia y se convino en mantener un centro único de prensa, donde los representantes de los copresidentes darían la información oficial y, por turno, habría conferencias a cargo de los países participantes. Sin embargo, el equipo de Reagan organizó su propia sala de prensa en un hotel diferente, en la que constantemente se entregaba información sobre la cumbre y sobre distintos aspectos de la política exterior norteamericana. De este modo, la mayoría de los periodistas estadounidenses no cubrió el centro de prensa oficial.

Antes de la cumbre, los medios más favorables a la administración republicana prepararon a la opinión pública advirtiéndole que la postura estadounidense no sería bien recibida¹⁷. Ello les permitió, al concluir la reunión, proclamar la victoria estratégica de Reagan, señalando que *"el atractivo del Presidente y su disposición a escuchar, ayudaron a alejar una fea explosión entre países ricos y pobres en la junta de Cancún"*¹⁸. Para reforzar la imagen, el mismo Rea-

gan falseó los hechos en su declaración final, destacando que los participantes habían concordado con lo sustancial de su discurso de Filadelfia.

El Tercer Mundo le facilitó a Reagan la tarea sin obtener ganancias de ello. A pesar de la negativa de los Estados Unidos a efectuar ninguna concesión, le garantizó un clima positivo en el cual fundar su proclamada victoria.

El futuro de las negociaciones Norte-Sur

La estrategia aplicada por el Tercer Mundo desde 1975, que privilegia la moderación y consenso, se ha demostrado insuficiente y su resultado ha sido la parálisis del proceso negociador. La cumbre de Cancún es la última demostración de la ineficacia de esta línea. Aún si las negociaciones globales se inician durante 1982 no podemos esperar de ellas resultados significativos si el Tercer Mundo no intenta un cambio radical en la concepción del proceso negociador y en sus parámetros estructurales.

Desde la constitución del Grupo de los 77, con ocasión de la Primera conferencia de las Naciones Unidas para el comercio y el desarrollo (Ginebra, 1964), el Tercer Mundo ha ganado en experiencia y cohesión negociadora. Se avanzó en la definición de una plataforma de cambios estructurales que apuntó a las raíces de las desigualdades existentes; con posterioridad, se dieron pasos similares en cada una de las principales áreas de negociación. En este período se han obtenido algunas conquistas significativas como la aceptación universal de la legitimidad de las asociaciones de exportadores; la implantación del sistema generalizado de preferencias, que permite un trato comercial discriminatorio en favor de los países subdesarrollados; la reciente aprobación del Fondo común que contribuirá a estabilizar los precios de las materias primas; la creación del Fondo internacional para el desarrollo agrícola; etc. Del mismo modo,

en el interior del FMI y el Banco Mundial, la acción común de los países subdesarrollados a través del denominado Grupo de los 24 se ha traducido en mayor capacidad de negociación y en mejoras parciales en la operación de ambos organismos.

Sin embargo, el balance es frustrante si se valora en términos de las dramáticas y urgentes necesidades del Tercer Mundo. Más aún, si se considera que los pocos avances logrados no se han instrumentado adecuadamente. Por ejemplo, el sistema generalizado de preferencias es voluntario y no ha podido evitar el incremento del proteccionismo en perjuicio de los países subdesarrollados. Por su parte, el Fondo común ha recibido un financiamiento tan reducido que de hecho pocos países han tenido interés en ratificar el convenio.

Si lo que se pretende es transformar cualitativamente la estructura de las relaciones económicas internacionales, en favor de los países subdesarrollados, no puede continuarse por un camino que hace varios años ha revelado sus límites.

El futuro de la cooperación económica internacional depende de la capacidad del Tercer Mundo de instrumentar una estrategia diferente, que con base en la experiencia del pasado supere las debilidades del denominado "diálogo Norte-Sur" y mejore sustancialmente su fuerza negociadora colectiva.

Una nueva estrategia negociadora requiere, en primer lugar, mejorar el diagnóstico de la economía mundial y el conocimiento de las tendencias en curso en los países industrializados capitalistas, en los socialistas y en los subdesarrollados. En la plataforma del Sur el diagnóstico implícito sigue siendo el mismo de hace diez o veinte años, a pesar que desde la primera UNCTAD hemos presenciado enormes cambios estructurales. Una fase de más aguda trans-

nacionalización que se expresa en una nueva división internacional del trabajo y en un renovado auge del capital financiero, supone tareas y propuestas diferentes; por ejemplo, reconocer que los sujetos de las relaciones económicas internacionales no se reducen a los Estados sino se han ampliado y complejizado. A su vez, los países industrializados tienen crecientes antagonismos, los países socialistas no son más el bloque monolítico de los primeros años posteriores a la Segunda Guerra y, además, se han incrementado las diferencias entre los países subdesarrollados.

Muchos de los nuevos problemas y desafíos no están presentes en los planteamientos de los países subdesarrollados porque no existe interés en reconocerlos, pero sin duda hay también una insuficiencia técnica en el análisis de las relaciones económicas internacionales que podría superarse.

Los países industrializados cuentan con el apoyo de la Organización de cooperación y desarrollo económico (OCDE), el FMI y el Banco Mundial, además de los equipos especializados en economía internacional y negociaciones económicas que cada gobierno tiene. Cada año sus máximos dirigentes se reúnen y conciertan una estrategia política y económica común, que no resuelve todas sus diferencias pero las reduce.

En contraste, los gobiernos del Tercer Mundo nunca se han reunido en una cumbre de carácter económico y, a pesar de que la mayoría de estos países no cuenta con equipos de especialistas suficientes, tampoco tienen un organismo o secretariado conjunto que los asesore.

Ni siquiera existe alguna estructura que vincule orgánicamente las actividades del Grupo de los 77 en Nueva York, con las de Ginebra y los otros puntos de acción internacional. La necesidad de crear un secretariado técnico conjunto se discutió en la reunión sobre

Cooperación entre países en desarrollo, que el Grupo de los 77 organizó en Caraballeda, Venezuela, en mayo de 1981. Sin embargo, sólo existió acuerdo para constituir una pequeña oficina de asesoría al presidente en turno del Grupo. Es natural, por tanto, que estos países entren a las negociaciones con un deficiente análisis de las tendencias de fondo y sin una base común de ideas.

En segundo lugar, fortalecer la capacidad negociadora de los países subdesarrollados requiere reconocer la diversidad del Tercer Mundo. La necesaria unidad de acción de estos países no puede lograrse manteniendo el mito de su igualdad absoluta de intereses. La fuerte polarización económica producida en estos años de crisis, acentuó la tradicional diversidad de los países subdesarrollados y generó contradicciones en su seno.

Uno de los factores que más ha incidido en la diferenciación del Tercer Mundo ha sido el alza sustancial del precio del petróleo en el último decenio. Los países exportadores de hidrocarburos han contado, sin embargo, con el respaldo político del resto del Tercer Mundo en su enfrentamiento con los países industrializados; pero, desde la última UNCTAD (Manila, 1979), se aprecia que es imposible evitar una fractura si no se impulsan programas especiales que compensen parte del efecto negativo del alza del petróleo. En este sentido ha sido muy importante el acuerdo de cooperación celebrado por México y Venezuela con varios países del Caribe y Centroamérica, así como los Fondos de asistencia creados por la OPEP y su símil de los países árabes (OPAEP). Pero es necesario avanzar más. Es posible que los principales exportadores de petróleo creen mecanismos que estimulen el equilibrio comercial con el resto de los países subdesarrollados, por ejemplo aceptando pagos en las monedas nacionales de dichos países.

En forma similar pueden buscarse

acuerdos de colaboración entre los principales exportadores de manufacturas del Tercer Mundo y los países relativamente más atrasados.

Los países subdesarrollados pueden mejorar significativamente su fuerza negociadora si disminuyen la dependencia económica del Norte. En los últimos años se ha dado gran impulso a la cooperación Sur-Sur. Un paso de gran trascendencia fue la aprobación del Programa de Arusha para la autosuficiencia colectiva, en la Cuarta reunión ministerial del Grupo de los 77, (febrero de 1979). Esta tendencia se confirmó con el éxito de la reunión, que con este objeto el Grupo organizó en Caraballeda, Venezuela, en mayo de 1981, en la que se aprobó un calendario preciso para impulsar y concretar los acuerdos.

A su vez, puede darse nueva vitalidad al proceso negociador si se ubican áreas específicas donde la presión conjunta de los países subdesarrollados pueda ser eficaz para solucionar algunos de sus problemas más urgentes y dramáticos. Por ejemplo, puede impulsarse la constitución de un frente negociador común de los mayores deudores de la banca transnacional, el que puede modificar la tasa de interés efectivamente pagada, lograr mejores condiciones de renegociación, etc.

Otro aspecto estructural que limita las perspectivas de la cooperación económica internacional es la automarginación de los países socialistas desarrollados.

Con la excepción de Yugoslavia, Cuba y en el último tiempo China, los países socialistas han dado su apoyo formal a los planteamientos del Grupo de los 77, pero se han negado a comprometerse activamente. Incluso en la III Conferencia de la ONUDI, que se celebró en Nueva Delhi en 1980, la mayor parte de los países socialistas se adhirió de hecho

a la posición sostenida por los países capitalistas industrializados.

La negativa de la Unión Soviética a participar en la cumbre de Cancún es la última y lamentable reiteración de la posición tradicional de los países socialistas. El argumento usado para justificar esta posición fue que el nuevo orden es un problema interno del capitalismo que debe ser asumido por los excolonizadores. Sin embargo, lo que está en discusión no es en lo esencial un problema de asistencia o compensación sino de relaciones económicas equitativas y de funcionamiento de la economía mundial.

El papel de los países socialistas en la transformación de las relaciones económicas internacionales ha sido inferior a su importancia política y económica relativa. Ello perjudica al Tercer Mundo, pero también a los países socialistas que en los intercambios exteriores a su sistema deben someterse a las reglas y a la lógica de funcionamiento del orden capitalista.

Hay razones de fondo que explican esta actitud de no participación. Por una parte, se concibió el incremento del comercio con los países capitalistas desarrollados como un apoyo a la distensión, otorgando escasa prioridad al comercio con los países subdesarrollados. Por otra parte, en los años setenta, los países socialistas de Europa dedicaron grandes esfuerzos a penetrar los mercados del capitalismo avanzado en competencia directa con la nueva capacidad exportadora de manufacturas y bienes de capital de una parte del Tercer Mundo. Hoy, esta misma razón los acerca al Tercer Mundo, pues en la fase de crisis han empezado a sufrir algunos problemas similares a los de los países subdesarrollados. Ejemplo de lo que decimos son las solicitudes de reingreso al FMI que Polonia y Hungría debieron hacer en noviembre de 1981 para poder seguir recibiendo crédito de la banca transnacional.

Finalmente, una de las mayores dificultades de la lucha del Tercer Mundo por modificar el orden económico mundial radica en la incapacidad demostrada para movilizar a la opinión pública, en sus países y en los industrializados.

En el Tercer Mundo sólo reciente-

mente han aparecido publicaciones especializadas de vinculación entre los intelectuales de los países subdesarrollados; pero todavía en muy pocos de estos países la temática económica internacional es objeto de amplio debate. Lograrlo supone ser capaces de recuperar plenamente el sentido nacional y progresista de la plataforma del nuevo orden económico internacional.

El éxito o fracaso en la construcción de un sistema democrático de relaciones económicas internacionales dependerá principalmente de que las organizaciones de masas y políticas en los diferentes países comprendan la importancia crucial de lo que está en juego y cómo ello condiciona sus perspectivas de desarrollo democrático y popular a nivel nacional.

NOTAS

1. The New York Times, 25 de octubre de 1981, p. 10.
2. Inter Press Service, 24 de octubre de 1981.
3. Ibid., 23 de octubre de 1981.
4. Excelsior, 25 de octubre de 1981.
5. "Well, Here we all are. . .", Time, 2 de noviembre de 1981, pp. 20-22.
6. The Wall Street Journal, 26 de octubre de 1981, p. 4.
7. Entrevista reproducida en Inter Press Service, "Cancún: 27 reflexiones sobre la cumbre", mimeógrafo, octubre de 1981, p. 1.
8. Ibid., p. 15.
9. The Wall Street Journal, 26 de octubre de 1981, p. 4.
10. ESTEVEZ, Jaime. "Confrontación en torno al nuevo orden económico internacional: en Anguiano, E. (comp.) Cooperación económica internacional: diálogo o confrontación, Méjico, Nueva Imagen, 1981, pp. 25-37.
11. _____. "El debate sobre el NOEI y las propuestas de McNamara y Brandt", ponencia presentada al II Congreso de los Economistas del Tercer Mundo, La Habana, abril de 1981. Véase también ESTEVEZ, PUYANA y FANON "Del nuevo orden económico internacional a las Negociaciones Globales. Historia de un esfuerzo", en Tercer Mundo y Economía Mundial, I (1) sept-dic. de 1981, pp. 9-26.
12. The New York Times, 25 de octubre de 1981, p. 10.
13. Inter Press Service, "Cancún: 27 reflexiones. . .", p. 2.
14. Ibid., p. 4.
15. Excelsior, 25 de octubre de 1981.
16. Inter Press Service, "Cancún: 27 reflexiones. . ."; p. 4.
17. Por ejemplo, The Wall Street Journal del 8 de octubre de 1981 (p. 48), tituló su información: "El plan 'apretar cinturones' que Reagan ofrece al Tercer Mundo, tendrá una fría recepción en la Cumbre de Cancún". Luego, insistió sobre el tema, destacando: "Reagan enfrentará algunos riesgos políticos en la reunión cumbre de 22 naciones, esta semana en Méjico" (20 de octubre, 1981 p. 2).
18. U. S. News & World Report, 2 de noviembre de 1981, p. 32.